

## RELATOS DE VIAJES EN LA *ODISEA*\*

El cuento de viajes es probablemente un tipo de narración que se remonta a los albores de la historia humana como vivero de noticias sobre el mundo exterior y como motivo de curiosidad y asombro para un auditorio muy limitado en sus movimientos. Sin embargo esta forma de relato hace su aparición en la literatura occidental con la *Odisea* homérica. Las andanzas de Odiseo en su deambular por los mares desde su salida de Troya hasta su regreso a Ítaca, que el protagonista cuenta en primera persona en la corte del rey feacio Alcínoo, no son sólo el primer relato de esta clase que ha llegado íntegro hasta nosotros sino que desde ese momento constituyeron el paradigma de un género nuevo que fijó las pautas a seguir en el futuro. Esa fue al menos la opinión de Luciano en la extraordinaria parodia de dicho género que llevó a cabo en el inicio de sus *Relatos Verídicos*: «Su guía y maestro de semejante charlatanería es el Ulises de Homero que disertó ante la corte de Alcínoo acerca de vientos en esclavitud y de hombres de un solo ojo, caníbales y salvajes; y además de animales de múltiples cabezas y las transformaciones de sus compañeros a causa de los elixires: con múltiples relatos de este género dejó maravilladas a gentes tan simples como los feacios»<sup>1</sup>.

A pesar de que estas aventuras no ocupan, como es bien sabido, el conjunto del poema, se han erigido sin embargo como su parte más representativa a lo largo de los tiempos. Efectivamente, sólo cuatro de los veinticuatro cantos que componen la obra están dedicados a la narración de estas andanzas marineras, si bien dichos cantos ocupan la parte central del poema (Cantos IX-XII). Esta centralidad del relato de Odiseo no parece que sea sólo fruto

---

\* Este artículo tiene su origen en la Comunicación presentada a la Conferencia anual de Euroclassica, celebrada en Madrid 8 a 12 de Septiembre de 1993, ahora anotada y ampliada.

<sup>1</sup> Luc. *Ver. Hist.* I 3 (trad. de Andrés Espinosa Alarcón, Biblioteca Clásica Gredos).

de la mera casualidad, resultado inevitable del simple encadenamiento narrativo de las diferentes escenas y acciones que componen el poema. Como es de sobra conocido, Odiseo da marcha atrás en sus recuerdos para hilvanar acto seguido un relato más o menos coherente de unas aventuras, cuyo curso final le ha conducido como naúfrago a las costas feacias. Probablemente nos hallamos ante una especie de punto de inflexión narrativo dentro de la estructura general de la obra, justo antes de que la secuencia de la acción derive de forma irremisible hacia la conclusión esperada del poema: el regreso del héroe a su patria y la venganza consiguiente sobre los pretendientes, que constituye sin duda el auténtico núcleo temático sobre el que pivota toda la obra. Su estancia en la tierra de los feacios es además la última etapa de sus aventuras y por tanto la escala definitiva que precede a su retorno al mundo real. Se trata por ello de un estadio intermedio entre el universo mítico-fabuloso en el que el héroe ha estado divagando hasta entonces y la vuelta a una realidad más prosaica donde Odiseo debe recuperar el status perdido por medio de su terrible venganza<sup>2</sup>. La inclusión del relato de los viajes de Odiseo en este punto de la obra podría tener por tanto una función bien concreta, como sería la de conceder al auditorio un cierto relax, un respiro pausado que por unos momentos le liberaría de la tensión épica con su inevitable monotonía de temas y motivos transportándole a un universo algo diferente como es el mundo de la fantasía, en el que la imaginación vuela mucho más libre que dentro de los ya muy definidos y prefijados episodios de la epopeya, a pesar de utilizar el mismo lenguaje narrativo.

El relato de los viajes de Odiseo constituye en efecto una unidad casi cerrada dentro de la propia Odisea, que podría incluso extraerse del resto del poema y resultar perfectamente asumible por separado en la «performance» narrativa de una ocasión particular fuera del contexto épico<sup>3</sup>. Esta aparente autonomía del relato odiseico relativo a sus viajes habría contribuido a definir los rasgos esenciales de un género nuevo, el cuento de viajes marinos, que debía contar ya con una larga tradición en la cultura popular

---

<sup>2</sup> Sobre la interpretación de este interludio, J.H. Finley Jr., *Homer's Odyssey*, Cambridge Mass., 1978, p. 83 y ss. Sobre la posición «intermedia» de Esqueria y su posible identificación, W.B. Stanford y J.V. Luce, *The Quest for Ulysses*, Londres 1974, pp. 134-135.

<sup>3</sup> Véase n. 35. Sobre la ocasión de la «performance» épica, B. Gentili, *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, Roma-Bari 1984, p. 203 y ss.

de los puertos del Mediterráneo<sup>4</sup>, al que, como bien señaló Luciano, el poema homérico otorgó una categoría literaria que antes no tenía y lo convirtió en modelo de toda esta clase de narraciones. La asunción por parte del protagonista de la narración de su historia y sus mayores dosis de realismo, como la inevitable mención de las tareas marineras o las frecuentes alusiones a la distancia en jornadas que transcurría de un lugar a otro de sus aventuras, contribuirían también sin duda a destacar el relato odiseico de otras epopeyas viajeras posiblemente anteriores como la de Jasón y los Argonautas o de aventuras míticas posteriores mucho más fantásticas como las de otros héroes también errantes como Heracles o Perseo<sup>5</sup>. Su inclusión dentro de la saga homérica, donde aparece además perfectamente integrada, y la sabia fusión de elementos realistas extraídos de la cotidianeidad más comprobable e inmediata con episodios fantásticos procedentes del cuento popular<sup>6</sup> hicieron del relato viajero de Odiseo el punto de partida incuestionable y digno que todo género necesita como referente a la hora de iniciar su andadura y constituirse en una forma autónoma e independiente de narración literaria.

El protagonista narra efectivamente sus andanzas en primera persona a diferencia de lo que sucede en el resto de la obra donde el enfoque narrativo es asumido desde la perspectiva impersonal del poeta con excepción de los discursos y apelaciones que pone en boca de los personajes respectivos. Odiseo además asume esta condición con plena conciencia de su responsabilidad narrativa tal y como ponen de manifiesto sus reflexiones previas antes de iniciar su relato al plantearse la cuestión de la ordenación secuencial más adecuada, bien sea desde un punto meramente emotivo

τί πρῶτόν τοι ἔπειτα, τί δ' ὑστάτιον καταλέξω  
(IX 14)

<sup>4</sup> Véase al respecto el capítulo 5 del libro de Lionel Casson, *The Ancient Mariners*, 2ª ed., Princeton, 1991.

<sup>5</sup> A pesar de ello existen ciertos ecos de la epopeya argonautica tal y como ya vio K. Meuli, *Odyssee und Argonautika*, Berlin 1929.

<sup>6</sup> Al respecto véanse los célebres estudios consagrados al tema por D. Page, *Folktales in Homer's Odyssey*, Cambridge, Mass., 1973 y R. Carpenter, *Folktales, Fiction and Saga in the Homeric Epics*, Berkeley-Los Angeles, 1946 y más recientemente U. Hölcher, *Die Odyssee: Epos zwischen Märchen und Roman*, Munich 1988.

y la notable habilidad que demuestra el héroe a la hora de engarzar las diferentes situaciones y peripecias que conducen a Alcínoo, su anfitrión y principal auditorio, a equipararle a un aedo

μῦθον δ' ὡς ὅτ' ἀοιδὸς ἐπισταμένως κατέλεξας  
(XI 368).

Odiseo se muestra también desde un principio preocupado por cimentar la veracidad absoluta de su historia. De ahí el énfasis puesto, al comienzo de su relato, en la mención de su nombre y procedencia, así como en recalcar la fama bien ganada de que disfrutaba entre hombres y dioses. Trataba de evitar así las sospechas de fabulación que, a juzgar por la subsiguiente reflexión en voz alta de Alcínoo, estaban al parecer extendidas sobre esta clase de narraciones viajeras. El rey en efecto, tras haberle escuchado una parte de su relato, le dispensa de toda posible duda y le invita a proseguir con el mismo: «Odiseo, al mirarte de ningún modo sospechamos que seas impostor y mentiroso como muchos hombres dispersos por todas partes, a quienes alimenta la negra tierra, ensambladores de tales embustes que nadie podría comprobarlos»<sup>7</sup>. Odiseo es a fin de cuentas un noble, un rey, que afirma además con convicción decidida su apego a la tierra patria frente a las promesas y bonanzas que pudieran ofrecerle las tierras de ultramar. No viaja por placer ni por curiosidad o en busca de aventuras. Sus avatares son por el contrario el resultado de la cólera de un dios que le impide retornar a su patria. Este carácter forzoso del viaje en cuyas motivaciones los dioses desempeñan un papel fundamental, que será uno de los elementos constantes de los viajes heroicos, contribuye también a otorgar mayor credibilidad a su relato. Las diferentes aventuras del héroe no han sido buscadas por él sino que le vienen impuestas por una determinación divina que elimina del todo sus propias inclinaciones y deseos.

Pero es que además en este caso es otro rey, el de los feacios, el que valida su narración reforzando todavía más esa apelación a la veracidad que tanto parece preocupar al autor y que será sin duda uno de los rasgos definitorios de este género literario. No se olvide que esta clase de argumentaciones seguirá conservando su validez todavía en plena época imperial. Arriano, en efecto, al seleccionar

<sup>7</sup> *Od.* XI 363-366 (Traducción de J. L. Calvo, Ed. Nacional).

sus fuentes de información para su *Anábasis* de Alejandro, cimienta su *argumentum auctoritatis* sobre la casi completa fiabilidad que le merece Tolomeo en la condición regia de éste último, circunstancia que le incapacitaba para la mentira<sup>8</sup>. Es probable por tanto que nos hallemos ante una de las primeras formas de legitimación del relato utilizada como táctica literaria, que desde el inicio del género fueron utilizadas con mayor o menor sutileza. Algunas de ellas han conseguido incluso despistar a los estudiosos modernos que han caído en la trampa con una simpleza similar a la de los feacios, a la que ya se refería Luciano, sin darse cuenta de que tal estratagema constituye uno de los elementos constantes del relato de viajes tendente a conferir visos de credibilidad a una historia que de por sí presenta todo el aspecto de resultar increíble<sup>9</sup>.

Dentro de esta misma estrategia en busca de la credibilidad no se renuncia tampoco a destacar los aspectos rutinarios del viaje reflejando casi puntualmente de forma un tanto tediosa las jornadas de navegación que resultan necesarias para trasladarse de un punto a otro o aludiendo a las labores habituales de los marineros y sus tareas específicas a la hora de partir o arribar a un lugar determinado del trayecto. Esta sensación de cotidianeidad confiere igualmente a todo el relato un tono esencialmente realista que ayuda a digerir más fácilmente la intromisión necesaria de los elementos mucho más fantásticos e increíbles que jalonan el recorrido. Las descripciones paisajísticas abundan también en este mismo tono y corroboran en buena medida esta misma impresión de realidad hasta el punto que en nada parece que nos hallemos fuera del ámbito geográfico más inmedito y familiar<sup>10</sup>. Como llegó a reconocer incluso el infatigable Victor Bérard en su intento por trasladar sobre el mapa los viajes odiseicos, los puertos y ensenadas que se describen a lo largo de la *Odisea* podrían corresponder

<sup>8</sup> Arr. *Anab.*, Praef. 2. Se ha señalado que posiblemente se trata de la influencia de la concepción estoica sobre la realceza (cf. L. Pearson, *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York 1960, p. 194), pero no debemos olvidar la insistencia en Heródoto y más adelante en Jenofonte sobre la importancia que se concede a la verdad entre los persas, la monarquía por excelencia entre los griegos, lo que retrotrae en el tiempo de forma considerable esta clase de apreciaciones.

<sup>9</sup> Sobre las estrategias de veracidad empleadas a este respecto, F.J. Gómez Espelós, «Realidad y ficción en los relatos de viaje de la literatura griega», en *La cultura del viaje. Actas de la segunda semana canaria sobre el mundo antiguo*, La Laguna (en prensa).

<sup>10</sup> A este respecto, P. Vivante, *The Homeric Imagination*, Bloomington, Indiana, 1970, p. 73 y ss.

muy bien a numerosos lugares de la cuenca mediterránea<sup>11</sup>. Esta impresión de realidad se iría sin embargo abandonando de forma progresiva con el descubrimiento gradual de nuevas tierras, cuya imagen fabulosa hizo pronto mella en los espíritus y se tendió a trasladar a ellas todas las ensoñaciones paisajísticas que latían en la imaginación griega, alentadas por la propia experiencia de un entorno inmediato poco agraciado y esa mezcla de confusión y deseo que las noticias imprecisas sobre los países lejanos suscitaban de continuo<sup>12</sup>.

También en el terreno de la psicología nos hallamos dentro de una tónica casi plenamente humana. Las actitudes y reacciones de los personajes se ciñen a lo que podría esperarse de cualquier marino en circunstancias semejantes, el miedo ante las dificultades, el alivio de la llegada a tierra o la incertidumbre y expectación frente a lo imprevisto y desconocido. Sólo la astucia de Odiseo, que constituye por otro lado el rasgo característico del héroe, siempre presta a resolver los problemas, rompe en alguna medida la aparente «trivialidad» de la historia. Ni siquiera las intervenciones divinas como la asistencia de Hermes en la isla de Circe para protegerle de los encantamientos de la maga, suponen un desvío relevante del tono humano fundamental con el que se van resolviendo y enlazando las diferentes acciones que componen el relato. Aspectos todos ellos que resultan fundamentales en una historia que debe pasar por verdadera a los ojos de un incrédulo auditorio, presto siempre a desconfiar de las exageraciones y mentiras de un narrador siempre predisposto a exagerar o deformar la experiencia real<sup>13</sup>.

Sin embargo más allá de todos los elementos realistas que pueden contribuir a reforzar la sensación de veracidad, esta clase de relatos tiende de forma evidente a penetrar en el mundo de la fantasía, donde encuentra sin ninguna duda su vivero más conspicuo. Un viaje por mares y tierras bien conocidas no soporta un nivel de

<sup>11</sup> V. Bérard, *Les navigations d'Ulysse*, 4 vols., París 1927-1929.

<sup>12</sup> Ello no significa que no existan ya en Homero, y especialmente en la *Odisea*, apuntes de estas tierras de utopía en los que quedaban plasmadas nostalgias poco definidas o anhelos de perfección, cf. J. Ferguson, *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, pp. 9-15 y F. J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo, *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares (en prensa).

<sup>13</sup> Sobre la predisposición casi natural del viajero a mentir a la hora de elaborar su relato, cf. G. Adams Percy, *Travelers and Travel Liars 1660-1800*, Berkeley-Los Angeles 1962.

atención continuado que apele a la imaginación del auditorio con la misma fuerza que lo hacen espacios mucho más abiertos donde los límites precisos se han disipado del todo, las referencias inmediatas ya no tienen validez y pueden ser escenario de las más increíbles aventuras que la imaginación pueda concebir. Llega un momento por tanto en el relato en el que los horizontes comienzan a perderse y se entra ya de lleno en un mundo fantástico de una geografía completamente imaginaria que no tiene traslación alguna sobre el mapa de la realidad. Ese es quizá el papel que desempeña la tempestad, sin duda otro de los elementos distintivos y constantes de esta clase de literatura, a la hora de trasladar la acción desde el espacio real a un ámbito más puramente imaginario<sup>14</sup>. Por lo general en este pasaje de un universo al otro se utiliza como última referencia conocida un accidente geográfico con cierto carácter emblemático por su posición como sucede en la *Odisea* con el Cabo Maleas al sur del Peloponeso, donde el héroe pierde de forma definitiva el contacto con mares y pueblos conocidos para adentrarse de lleno en un terreno donde sólo la fantasía o la recreación literaria pueden dar cuenta de sus paisajes y pobladores. Previamente sólo la acción de saqueo contra los Cicones nos recuerda la presencia del héroe en un mundo identificable y bien conocido que una vez pasado el Maleas pierde ya todos los puntos referenciales que entonces y ahora permiten una fácil identificación<sup>15</sup>.

A partir de entonces el relato de Odiseo contiene una serie de motivos que van a convertirse en elementos casi paradigmáticos del nuevo género que todo viaje fantástico debe reunir con mayores o menores variaciones respecto al esquema original. El encuentro con otras poblaciones de origen extraño, no griego, claro reflejo de las primeras experiencias coloniales que comenzaban a desarrollarse a lo largo de los siglos VIII y VII a.C., es quizá uno

<sup>14</sup> Sobre el motivo de la tempestad, L. Breglia, *Le antiche rotte del Mediterraneo documentate da monete e pesi*, Nápoles 1956, pp. 78-80 y aplicado a los relatos existentes sobre las empresas de colonización, M. Labate, «L'iniziativa individuale nella colonizzazione greca come topos narrativo», *ASNP*, ser. III, vol. II, 1. 1972, p. 100 y ss. Sobre su utilización como tópos épico, V. Cristóbal, «Tempestades épicas», *Cuadernos de investigación filológica* 14, 1988, pp. 125-148.

<sup>15</sup> Sobre las posibles identificaciones de la geografía odiseica. L. Moulinier, *Quelques hypothèses relatives à la géographie d'Homère dans l'Odyssée*, Aix-en-Provence 1958, R. Dion, «Géographie odysseenne», *Annales ESC*, Enero/Febrero, 1972, pp. 158-162 y recientemente G. Chiarini, «Nostos e labirinto. Mito e realtà nei viaggi di Odisseo», *QS* 21, 1985, pp. 11-35. V. Manfredi, *Mare Greco. Eroi ed Esploratori nel Mediterraneo antico*, Milán 1992, pp. 3-47.

de los más señalados. La actitud de estos pueblos hacia los recién llegados marcó sin duda la pauta para su representación colectiva deformada en la que se acentuaban los aspectos negativos o primarios que los situaban como el prototipo de la barbarie, concepción que precisamente por entonces comenzaba a tomar forma entre los griegos<sup>16</sup>. Los episodios de Cíclopes y Lestrigones cumplen en el relato de Odiseo ese papel. En ambos casos se trata de poblaciones hostiles a los extranjeros que incumplen con las más elementales normas de hospitalidad y cuyo aspecto gigantesco y monstruoso sirve para subrayar todavía más esta sensación de alteridad. Tanto en un caso como en otro, a una ambigua situación inicial donde en principio cabría esperar una buena acogida le sucede un dramático final que conlleva la muerte de algunos de los compañeros del héroe, comidos por unos y otros. Sin entrar de lleno en el análisis pormenorizado de ambos episodios, que han sido objeto de un buen número de páginas<sup>17</sup>, no caben dudas de que precisamente esta forma de muerte, la antropofagia, que representa la completa inversión de la condición humana y su regresión al mundo animal, incide igualmente en esta caracterización negativa de estas poblaciones, destacando sus aspectos más terribles que chocan de frente con los esquemas básicos de la civilización.

El motivo del encuentro con los «otros» no se agotaba sin embargo en la visión dramática y terrible que nos ofrecen los episodios comentados. El temor a lo desconocido contenía también una buena dosis de fascinación y misterio. La aparición en escena de pueblos como los Lotófagos, que poseían en su país una planta que producía el olvido, o los Cimerios, situados en la antesala del mundo de los muertos y sumidos continuamente en la penumbra, refleja ciertamente ese otro aspecto del encuentro con pueblos y países lejanos que tiende a poner de relieve las características fantásticas

<sup>16</sup> A pesar de que el concepto de bárbaro fijó sus coordenadas con el conflicto con los persas, cf. E. Lévy, «Naissance du concept de barbare», *Ktema* 9, 1984, pp. 5-14, ya en la época arcaica debieron establecerse las bases para esta valoración peyorativa de los otros, cf. I. Weiler, «Greek and Non-Greek World in the Archaic Period», *GRBS* 9, 1968, pp. 21-29.

<sup>17</sup> Sobre los Lestrigones, véase el capítulo correspondiente en el libro ya citado de Page, *Folktales...* y el artículo de A. Tsopanakis, «Lestrigoni», *QUCC*, n.s. 40, 1, 1992, pp. 7-13. Sobre los Cíclopes, Cf. Calame, «Mythe grec et structures narratives: Le mythe des Cyclopes dans l'Odyssée», en B. Gentili y G. Paioni, eds., *Il Mito greco. Atti del Convegno internazionale, Urbino 7-12 Maggio 1973*, Roma 1977, pp. 369-391 y J.A. López Férrez, «Les Cyclopes et leur pays dans la littérature grecque», en F. Jouan y B. Deforge, eds., *Peuples & pays mythiques*, París 1988, pp. 57-71.



y el contexto extraordinario de unas gentes que vivían más allá del ámbito de lo habitual y cotidiano. La posesión de una planta con dichas propiedades como alimento o el hecho de vivir en un país dominado por las sombras, pueden quizá corresponder de forma vaga a las características realmente observadas entre poblaciones históricas y concretas que habitaban determinadas zonas de la ecúmene, pero es mucho más probable que tales motivos reflejen de forma tópica esos aspectos inusuales y extraordinarios que caracterizaban a los habitantes de tierras lejanas<sup>18</sup>. Ambos episodios constituyen quizá un claro ejemplo de los peligros que la distancia en el espacio y en el tiempo puede causar en los hombres si pierden además la noción de su patria, de la que además en modo alguno se han separado de forma voluntaria. Un sentido similar encierra quizá el episodio de las Sirenas, si bien en este caso a las tentaciones irresistibles que las nuevas tierras ofrecen de modo aparente se une la presencia de unos seres míticos capaces de atraer con la belleza de sus cantos a los marinos que se dejaban seducir por ellos a una perdición segura. No olvidemos que todos estos relatos se desarrollan dentro de un contexto claramente «político» en el que la ideología cívica de pertenencia orgullosa a una comunidad organizada constituía el principal ingrediente y en el que las acciones de colonización se consideraban empresas colectivas a pesar de las iniciativas y experiencias individuales que les servían de base<sup>19</sup>.

Otro motivo fundamental en esta clase de historias es la aparición de islas misteriosas en las que habitaba una ninfa o una diosa que por medio de sus encantos o elixires podía atraer a los navegantes y retenerlos en su compañía. En la imaginación griega la isla era el escenario adecuado para servir de morada a estos seres extraordinarios, al igual que los montes y bosques que representaban las zonas externas a la civilización que encarnaba la *polis*, pero con la ventaja adicional de su aislamiento completo por causa del mar. En el mar abierto las islas representaban un espacio alejado y casi sagrado en el que tenían cabida todo tipo de fenómenos extraordinarios. No es casualidad quizá que una isla aparentemente alejada en el mar como Creta hubiera sido sede de

---

<sup>18</sup> Sobre la interpretación general de estas historias, Finley Jr., *Homer's Odyssey*, cit.

<sup>19</sup> Sobre el carácter «patriótico» de estas fundaciones y sus relaciones con la metrópolis, cf. A. J. Graham, *Colony and Mother City in Ancient Greece*, 2ª ed., Chicago 1983.

grandes eventos míticos como el nacimiento de Zeus o que en ella se situaran reinos excepcionales como el de Minos que fueron además la meta de alguna de las grandes expediciones heroicas como la de Teseo<sup>20</sup>. A fin de cuentas una isla era un espacio cerrado al que no conducían otros caminos que los de la mar y este aislamiento privilegiado constituía una condición inmejorable para preservar las cosas en su estado puro o primigenio, de ahí que la mayoría de las sociedades ideales en el pensamiento utópico heleno tuvieran como escenario islas apartadas en el mar o fuese ésta también la localización idónea para ubicar seres fantásticos y monstruosos como las Gorgonas o las ya mencionadas Sirenas<sup>21</sup>.

Solapada en los elementos anteriormente citados aparece también otra de las características peculiares del relato de viajes como es el encuentro con monstruos o seres extraordinarios de características monstruosas. La apariencia terrible del Cíclope, al que se describe como parecido a la cima cubierta de bosque de una montaña elevada que se destaca en solitario de las demás, o de los Les-trigones, descritos también con una metáfora semejante, desempeña sin lugar a dudas este papel en el relato odiseico pues en ambos casos a sus costumbres bárbaras viene a añadirse su aspecto monstruoso que les aleja considerablemente de la forma y costumbres humanas<sup>22</sup>. Pero quizá donde mejor se constata este elemento fantástico es en el episodio de Escila y Caribdis. El aspecto ciertamente monstruoso y terrorífico de ambos seres se rodea además en este caso de un cierto clímax de misterio pues el héroe es incapaz de verla con sus propios ojos en un primer momento a pesar de que «se me cansaron los ojos de otear por todas partes la brumosa roca». Es precisamente sobre la ambientación que rodea la posible aparición del monstruo donde el poeta carga las tintas, haciendo de ella el elemento que siembra el terror y la incertidumbre en el héroe y sus compañeros. El vapor, el oleaje y un gran es-

<sup>20</sup> Recordemos que Homero a la hora de describir Creta la presenta «en medio del mar» a pesar de su aparente cercanía al ámbito continental e isleño del resto de Grecia para los ojos modernos. cf. *Od.* XIII 256.

<sup>21</sup> Sobre la importancia de la isla en el pensamiento griego, S. Vilatte, *L'insularité dans la pensée grecque*, Besançon 1991. Sobre su idoneidad para situar en ellas los fenómenos extraordinarios, véase el magnífico trabajo de Emilio Gabba, «True History and False History in Classical Antiquity», *JRS* 71, 1981, pp. 50-62, esp. 56 y ss.

<sup>22</sup> De hecho así se recalca en el caso del Cíclope cuando se nos dice que «no se parecía a un hombre que come trigo» (*Od.* IX 190-191).

truendo son los datos iniciales que provocan una reacción de temor entre los marineros, que sueltan enseguida los remos de sus manos. Más adelante completan el cuadro el paso del estrecho donde habitaban los dos seres y la dramática escena de la muerte de los compañeros arrebatados casi por sorpresa por Escila. El énfasis en la reacción de estupor e impotencia que el terrible espectáculo provoca en el héroe se subraya todavía más cuando recalca que «aquello fue lo más triste que he visto con mis ojos, de todo cuanto he sufrido recorriendo los caminos del mar». Los terrores marinos a la inmensidad del mar y a las criaturas de sus profundidades siempre ha dejado su eco en esta clase de narraciones y a pesar de los intentos antiguos y modernos por identificar o dar cuenta en clave racional de estos fenómenos, tales episodios reflejan sin duda lo traumático de una experiencia excepcional de estas características, que sacudía con fuerza la quietud de los espíritus y alentaba el surgimiento desde lo más hondo de los terrores humanos más atávicos e indescriptibles<sup>23</sup>.

Las dificultades por encontrar el camino o proseguir la ruta en la dirección adecuada enfrentan también al viajero con circunstancias excepcionales. El viaje a los Infiernos en busca de Tiresias, viejo adivino que puede señalarle «el viaje, la longitud del camino y el regreso para que marches sobre el ponto lleno de peces» constituye uno de estos elementos dentro del relato odiseico. La existencia de la figura del viejo del mar, conocedor de las rutas marinas, concretada unas veces en Proteo y otras en Nereo dentro de los viajes heroicos griegos, parece que refleja una tradición dentro de los cuentos de marinos y ésta parece que es la función que le toca cumplir a Tiresias<sup>24</sup>. En este caso sin embargo a Odiseo le toca en suerte ir a buscarlo al Hades. La captura o localización de estos huidizos personajes que se transforman o escapan cuando van a ser asidos, se complica aquí con el tema del viaje al mundo de los muertos. Posiblemente se engarza este motivo con otro no menos frecuente de esta clase de relatos como es el viaje al extremo de lo posible, más allá de los confines del mundo, donde el héroe asume la prueba definitiva de ir más lejos de lo que han podido

---

<sup>23</sup> Véase al respecto E. Martin, *Histoire des monstres depuis l' Antiquité jusqu'à nos jours*, París 1980.

<sup>24</sup> Sobre la figura del anciano del mar y sus significaciones, cf. M. Détienne, *Los mactros de verdad en la Grecia arcaica*, trad. esp. Madrid 1981, cap. III. L. Séchan, «Légendes grecques de la mer», *BAGB* 4<sup>a</sup> ser., 19955, pp. 3-47, esp. p. 6 y ss.

hacer sus predecesores<sup>25</sup>, motivo que en la tradición posterior adoptará instancias mucho menos severas como puede ser el viaje a islas sagradas situadas en el confín del mundo, al fondo del mar o a la mismísima luna<sup>26</sup>. Es posible que lo que en un principio tuvo una significación más profunda, quizá de carácter iniciático o ritual, fuera poco a poco desprendiéndose de esa coloración religiosa para convertirse en un simple motivo fantástico que tendía a sorprender al auditorio buscando siempre el más allá de lo posible —esa es la impresión que parece extraerse de la parodia de Luciano—, pero no hay que olvidar tampoco la más que probable influencia de las nuevas religiones de salvación que se impusieron durante el período helenístico —época de florecimiento de esta clase de narraciones— en un motivo tópico que ya desde el principio debió estar asociado a esta clase de especulaciones religiosas de carácter escatológico<sup>27</sup>.

El contacto con lo sobrenatural y divino, bien sea en sus aspectos más inmediatos y tangibles, aparece también como otro de los motivos habituales de esta clase de narraciones. La ayuda divina a los héroes viajeros en forma de recursos especiales que les permitieran afrontar su empresa con mayores posibilidades de éxito, como las sandalias aladas y el gorro que Hermes concedió a Perseo, aparece reflejado en el relato odiseico en el episodio de la isla de Eolo y su regalo del odre conteniendo los vientos o en el del encuentro con Hermes en la isla de Circe que le da el brebaje protector de los maleficios de la diosa. Sin embargo tanto en un caso como en otro quedan neutralizadas dichas intervenciones a causa de la intromisión de las pasiones humanas en forma de ambición, celos infundados o simple curiosidad impertinente. El insensato comportamiento de los compañeros transforma la aparición de estos recursos en un motivo más de perdición para todos de los

---

<sup>25</sup> De hecho se recalca al inicio del episodio odiseico que «nunca ha llegado nadie en negra nave» (*Od.* X 502).

<sup>26</sup> El viaje a la luna figuraba al parecer entre las aventuras viajeras que se narraban en la célebre obra de Antonio Diógenes, *Maravillas más allá de Tule*, o la parodia de este mismo motivo que se encuentra en las páginas de los *Relatos verdícos* de Luciano. El viaje al fondo del mar aparecerá como uno de los episodios de *La Vida de Alejandro* del pseudo Calístenes. Viajes a islas sagradas o de Crono aparece en el diálogo plutarqueo *Sobre la otra cara de la luna*.

<sup>27</sup> Sobre el viaje al más allá de los héroes, C. García Gual, *Mitos, viajes, héroes*, Madrid 1981, pp. 23-75 y F. Bar, *Les routes de l'autre monde - descente aux enfers et voyages dans l'au-delà*, Paris 1946.

que sólo el héroe consigue salir bien parado. La humanidad esencial del poema queda de nuevo aquí plasmada.

Esa supremacía evidente del protagonista queda patente a lo largo de todo el relato. Sus cualidades excepcionales le permiten afrontar con mayores probabilidades de éxito las pruebas a las que el viaje somete a los marineros. Su capacidad de resistencia, su ingenio destacado y en definitiva el apoyo constante de los dioses en una u otra forma le permiten ir salvando situaciones y peripecias en las que van dejando su vida el resto de los compañeros. La prudencia y la disciplina constantes son virtudes esenciales para la supervivencia en una aventura de estas características en la que se van afrontando continuamente situaciones inesperadas y peligros anunciados. El héroe juega sin duda con ventaja porque en la mayor parte de las ocasiones conoce el desenlace del asunto o la forma más sensata de evitar la tentación. A pesar de ello se sitúa sin embargo por encima del resto de sus compañeros que, mucho más humanos y frágiles, se muestran en cada instante proclives a dejarse seducir y atraer por las trampas que cada situación nueva les ofrece. El episodio de las vacas de la isla del sol constituye quizá un buen ejemplo de esta circunstancia. Esta superioridad moral no le lleva no obstante a sentirse alejado de sus compañeros, y en todo momento muestra por ellos una preocupación evidente como revela el caso del joven Elpenor en la isla de Circe, que murió por un descuido y al que se le otorgan más tarde los correspondientes honores funerarios, o su reacción dolida e impotente ante el espectáculo de la muerte de algunos de ellos bajo las garras de Escila. El resultado final de todo este proceso de desaparición no es otro que conseguir la soledad final del protagonista que culmina de esta forma su aventura y puede dar cuenta de ella sin que se ofrezcan versiones alternativas o contradictorias. Esta condición narrativa se mantiene también como una constante literaria a lo largo de la historia del género pues sin duda facilitaba enormemente la adecuación de la historia a la lógica realista y vezraz de un relato asumido desde la primera persona que decía traducir una experiencia propia.

Resta por fin considerar el componente utópico que desde los primeros momentos constituyó también otro de los motivos fundamentales de esta clase de relatos hasta llegar a adquirir autonomía narrativa en el desarrollo del género y acabar convirtiéndose en otra forma especial de literatura a pesar de que nunca abando-

naron esta vinculación temprana, y lógica desde un punto de vista genético con el relato de viajes<sup>28</sup>. En todo viajero latía el deseo de hallar al otro lado del mar unas tierras feraces donde reinasen unas condiciones de vida ideales. No sorprende por tanto encontrar ciertas características utópicas aplicadas a países lejanos que se sitúan por lo general en unos horizontes no bien definidos. Ese papel desempeña el episodio de los feacios que, como ya se ha dicho, sirve a la par de escala final en el viaje odiseico antes del retorno a su mundo real y por tanto de estadio intermedio entre la realidad y la imaginación, donde la escala de lo posible se inclina mucho más del lado de los deseos latentes<sup>29</sup>. La generosidad de la naturaleza con sus gentes, las características idílicas del paisaje, el gobierno justo de sus monarcas y la felicidad esencial de sus habitantes, revelan la añoranza sustancial que palpitaba en las gentes de la época, y seguramente en las de todas, por esta clase de lugares inexistentes, así como el vivo interés por su descripción pormenorizada y la cierta sensación de alivio que debía despertar en un auditorio que no gozaba ni con mucho de unas condiciones semejantes.

Las aventuras de Odiseo constituyen hasta cierto punto un reflejo de los cuentos de marinos que debieron circular de puerto en puerto a lo largo de un periodo como los siglos VIII y VII a. C. en el que se produjeron las primeras exploraciones precoloniales que culminarían más adelante con el asentamiento de poblaciones griegas en numerosos puntos de la cuenca mediterránea<sup>30</sup>. El relato que ha llegado hasta nosotros incluido dentro del poema constituye una elaboración literaria del cúmulo de experiencias y tentativas individuales que debieron tener lugar en esos primeros momentos<sup>31</sup>. Hasta cierto punto podríamos considerarla incluso como un verdadero libro de bitácora de la época en el que han

<sup>28</sup> De hecho las utopías helenísticas más célebres adoptan esta forma de presentación como se comprueba en el caso de Yambulo o incluso en el Evémero y su célebre isla Panquea. Sobre las evidentes conexiones de todos estos géneros literarios siguen siendo muy válidas las páginas que escribió a este respecto E. Rohde en su libro *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig 1914, pp. 178-309.

<sup>29</sup> No es nuestra intención tratar aquí del tema feacio y de su completa significación, ya que sólo nos interesa señalar la existencia de esta clase de componente utópico en la literatura de viajes. Abundamos sobre la condición utópica de la tierra de los feacios en *Tierras fabulosas de la Antigüedad* (en prensa) donde se hallará además la bibliografía pertinente al caso. En general puede verse, A. Shewan, «The Scheria of the Odyssey», *CIQ* 13, 1919, pp. 4-11 y pp. 57-67.

<sup>30</sup> Véase en este sentido G. Pugliese Carratelli, «Dalle Odysseiae alle apoikiai», *PP* 26, 1971, pp. 393-417.

<sup>31</sup> Finley Jr., *Homer's Odyssey*, p. 61 y ss.

quedado registrados todos los momentos decisivos de un viaje de estas características, desde la frustración y angustia de muchos momentos de fracaso hasta la emoción e incertidumbre que suscitaba el avistamiento de nuevas tierras desconocidas. Quedan asimismo patentes aspectos tan destacados para el buen éxito de un viaje como el buen hacer de los timoneles, la disciplina de la tripulación y la prudencia en determinadas situaciones. No es ajena del todo al relato una lectura de los sucesivos episodios en esta clave admonitoria que esconde bajo el ropaje fabuloso una clara enseñanza práctica. Así la imprudencia de un ataque indisciplinado y sus nefastas consecuencias queda de manifiesto en el episodio de los Cicones; los peligros que depara el contacto con lo ajeno es quizá una de las lecciones que cabe inferir de la estancia entre los Lotófagos; la avaricia y la desconfianza de los compañeros son las últimas causas que provocan el desencadenamiento sin control de los vientos de Eolo o la cólera de los dioses por la muerte de las vacas de Helios; las islas de Circe y Calipso representan posiblemente la atracción por lo desconocido y los riesgos y peligros que tal actitud entraña. No obstante, y como era de esperar por otra parte, el relato ha concedido un mayor relieve e importancia al lado fantástico de la aventura, en clara sintonía con las fabulaciones marineras a las que la gente de mar era tan aficionada. Como bien nos recuerda Plutarco

a los que han recorrido mundo y navegado les agrada mucho que se les pregunte, y hablan apasionadamente de una región alejada, de un mar extraño, de costumbres y leyes bárbaras, y describen golfos y lugares, por estimar que en esto encuentran cierta gratificación y consuelo a sus fatigas... y esta clase de enfermedad se produce sobre todo en la gente de mar<sup>32</sup>.

Todos los episodios fabulosos del relato como los de las Sirenas o el de Escila y Caribdis reflejan sin duda este ansia de fabulación, pero quizá también constituyen en cierta medida el reflejo poético y fantástico de los terrores atávicos que la inmensidad del mar provocaba en los navegantes, o el vago recuerdo de algunas experiencias reales con fenómenos de la naturaleza más usuales pero que fueron en su día mal observados o mal interpretados por unos

---

<sup>32</sup> Plut. *Mor.* 630 E.

hombres para quienes la esfera de lo posible era mucho más amplia de lo que lo es para nosotros<sup>33</sup>.

El relato odiseico está de cualquier forma muy lejos de lo que podría haber sido uno de estos cuentos de marinos, provistos seguramente de una simple estructura narrativa en la que sucesión de episodios se iría encadenando sin interrupción para provocar la admiración, la curiosidad o sentimientos mucho más encontrados como la fascinación y el miedo por lo desconocido. El autor de la narración homérica, quizá el mismo poeta que compuso el resto de la obra<sup>34</sup>, ha sabido dotar al relato de una técnica literaria nada desdeñable ya que sabe crear expectativas o momentos de clímax, anticipando informaciones que luego se dejan sólo entrever en su contexto correspondiente, creando así el ambiente adecuado como en el episodio de los Cíclopes o en el de Escila y Caribdis. La narración previa del aspecto de la isla de los Cíclopes permite al poeta abordar la llegada de Odiseo y los suyos al lugar en medio de la noche en una atmósfera de bruma espesa y sin luna y resaltar por ello la consiguiente sorpresa que se produce con la llegada del día. En el segundo caso la descripción previa del monstruo permite presentar la situación concreta en un ambiente de mayor expectativa e incertidumbre como ya hemos señalado anteriormente. Existen igualmente ciertas interconexiones entre los diversos episodios que permiten al poeta justificar desde un punto de vista realista la existencia de algún elemento que en principio pudiera parecer ajeno a la propia dinámica del episodio. Así el vino con el que Odiseo emborracha al Cíclope es un vino especial que el héroe recibió de Marón, el sacerdote de Apolo en la tierra de los Cicones, en prueba de agradecimiento por haber respetado su vida. Resalta igualmente el cuidado extremo de algunos detalles aparentemente impertinentes al curso de la narración pero que resultan a la postre determinantes a la hora de justificar la solución de algunos episodios. El que los Cíclopes no naveguen no parece un rasgo descriptivo más con el que completar la particular visión etnográfica de este pueblo si atendemos al hecho de que será precisamente esta circunstancia la que posibilitará la fácil huida de Odiseo y sus compañeros tras haber cegado a Polifemo y haber conse-

<sup>33</sup> G. Germain, *La genèse de l'Odyssée. Le fantastique et le sacré*, Paris 1954. Sobre la posible base real de las historias, W.J. Woodhouse, *The Composition of Homer's Odyssey*, Oxford 1930, pp. 41-45.

<sup>34</sup> E. Delebecque, *Construction de l'Odyssée*, Paris 1980, segunda parte.



guido salir con vida de su gruta. A pesar de las torpezas y repeticiones que el estilo épico impone por necesidad, todo el relato evidencia una técnica narrativa impecable que sitúa sin duda la obra en la posición señera que, según el mencionado comentario de Luciano, a todas luces le correspondía.

A pesar de la evidente primacía del relato odiseico, llamado más adelante el Apólogo de Alcínoo<sup>35</sup>—lo que también nos da una idea de hasta qué punto pudo adquirir un carácter autónomo como núcleo narrativo—, a lo largo del poema se apuntan también en otros pasajes ecos de historias de esta índole, algunas más desarrolladas que otras, de corte mucho más realista y en las que no prima de forma tan sobresaliente el uso de la fantasía pero que reflejan igualmente bien la tendencia creciente a convertir en literatura esta clase de experiencias viajeras. Su inclusión dentro de la arquitectura global del poema constituye un claro testimonio de la atracción y el interés que suscitaban entre el auditorio este tipo de relatos, especialmente en un periodo en el que comenzaban a aparecer en el horizonte griego nuevas tierras de ultramar y llegaban desde ellas, todavía de forma un tanto vaga y difusa, noticias curiosas referentes a los pueblos que habitaban dichas tierras y a las extraordinarias cualidades de su naturaleza, productora incansable de todos los productos preciados. Todo este caudal de informaciones se canalizaba a través de estos relatos de marinos en los que se superponían los propios deseos de gloria y el afán de sorprender al auditorio al testimonio escueto sobre una realidad confusa, dada la inexistencia por aquel entonces de una literatura histórica que pudiera asumirlo.

Un claro eco de este tipo de historias la tenemos en el relato del viaje de Menelao (*Od.* IV 79 y ss. y 268 y ss.), cuando hace balance de sus andanzas ante Telémaco y el hijo de Nestor en Esparta a donde estos dos últimos habían acudido en busca de noticias sobre Odiseo. El relato se realiza en primera persona y la supremacía del héroe queda bien establecida desde un principio. Según sus propias palabras ninguno de los mortales podría competir con él

<sup>35</sup> El uso más antiguo conocido de esta expresión (Ἀλκινόου ἀπόλογος) lo encontramos en Platón, *Resp.* 614b. Sobre sus diferentes utilizaciones, K. Tumpel, «*Alkinoou apologos*», *Philologus* 52, 1983, pp. 522-533. A pesar de que según la interpretación que se desprende de Suid, s.v. Ἀπόλογος Ἀλκινόου, se utilizaba esta expresión para designar cualquier exposición larga y verbosa, la misma existencia del término resulta indicativa de la unidad temática e independiente que se daba a esta parte del poema odiseico. Así se deduce de Eliano, *Var. Hist.* XIII 14, Arist., *Poet.* XVI 1455a y *Rhet.* XVI 1417a.

ya que ha conseguido en sus viajes cuantiosas riquezas y ha visitado muchos países. Algunos de ellos, como Egipto, Chipre o Fenicia, constituyen ya una clara referencia en el horizonte geográfico griego de estos momentos pues desde ellos y hasta ellos llegan gentes, ideas y mercancías<sup>36</sup>. Otros en cambio aparecen todavía muy lejanos como los misteriosos erembos<sup>37</sup> o bajo una cierta indefinición como la tierra libia donde se sitúan algunos prodigios de la naturaleza como la pronta maduración de los carneros o su extraordinaria fecundidad. Estas breves alusiones del monarca espartano al curso de sus viajes testimonian de forma clara la existencia de un relato en ciernes más extendido en el que dichos episodios hubieran podido estar más desarrollados hasta constituir una historia de las características mencionadas. El poeta ha introducido aquí sólo una escueta referencia pero no ha dejado pasar la oportunidad de mencionar las maravillas de Libia, reflejo evidente del gusto creciente por las noticias curiosas relativas a los países lejanos que en esos momentos empezaban a tomar cuerpo dentro del mapa imaginario griego.

Sin embargo Egipto es la tierra que todavía centra su atención y en la que Menelao dice haber permanecido un mayor tiempo. A pesar de que ya se apuntan en la historia algunos datos que reflejan un cierto conocimiento de aquellos contornos, como cuando habla de la desembocadura del gran río o de la isla de Faro, todavía en la imaginación griega Egipto constituye una tierra de las maravillas y los prodigios, que más adelante sería sustituida por la India<sup>38</sup>. Reune por tanto todas las condiciones para adecuarse al perfecto escenario de un relato de viajes, a medio camino entre una realidad todavía mal definida pero sobre la que existe certidumbre y la fantasía que ofrece espacio suficiente para toda clase de fabulaciones. Menelao alude a las dificultades que el viaje hasta allí conlleva «sombrio camino, largo y difícil». El terror que la inmensidad del

<sup>36</sup> En general sobre las relaciones griegas con Oriente, T.J. Dundabin, *The Greeks and their Eastern Neighbours*, Londres 1957 (Sobre la relación con los fenicios, cap. III) y W. Burkert, *The Orientalizing Revolution*, Trad. ingl., Cambridge Mass., 1992. Sobre las relaciones con Egipto, M. M. Austin, *Greece and Egypt in the Archaic Age*, Cambridge 1970.

<sup>37</sup> No se ha conseguido identificar este pueblo. Estrabón pensaba que podría tratarse de Árabes. Los estudiosos antiguos trataron por todos los medios de enmendar el texto con el fin de dar sentido al término, cf. A. Heubeck, S. West y J.B. Hainsworth, *A Commentary on Homer's Odyssey*, vol. I, Oxford 1988, p. 198.

<sup>38</sup> Al respecto véase el documentado estudio de Ch. Froidefond, *Le mirage égyptien*, Aix-en Provence, 1971, 1ª parte, cap. 1 y F. Hartog, «Les Grecs égyptologues», *Annales ESC*, Sept.-Oct. 1986, 5, pp. 953-967.

mar inspiraba en los marinos queda aquí patente. Pero no era sólo cuestión de distancias. También las bestias que poblaban sus aguas constituían un motivo de desasosiego y así se refleja en la narración del rey espartano con su alusión a las focas, animales que son catalogados como monstruos que provocan el temor y el asco cuando los compañeros de Menelao deben disfrazarse con sus pieles para capturar a Proteo, el anciano del mar. La aparición de este curioso personaje revela también otro de los elementos que daban sin duda colorido marino a esta clase de historias conectando con una larga tradición popular como hemos señalado anteriormente. No falta tampoco la intervención divina en el relato de Menelao con unas características muy parecidas a las del relato odiseico. Su retención en la isla de Faro por obra de los dioses irritados contra él y la ayuda de la diosa Idotea que acude en su auxilio cuando estaban a punto de morir de inanición son claros ejemplos de la presencia de este motivo casi habitual en esta clase de relatos.

También es Egipto el punto referencial de otro de los relatos, o más bien esbozos de ellos, que se encuentran dispersos en la *Odisea*. Nos referimos al que narra el mismo Odiseo, disfrazado de mendigo, ante el porquerizo Eumeo (*Od.* XIV 191 y ss. y 359 y ss.) y repite luego más abreviado y con ligeras variantes ante Antinoo, uno de los pretendientes (*Od.* XVII 419) y la mismísima Penélope (*Od.* XIX 170 y ss.). La riqueza casi paradigmática del país se pone de manifiesto con la codicia desatada de sus supuestos compañeros de viaje, que no supieron ceder a la tentación y se dedicaron abiertamente al saqueo de las tierras más próximas. A pesar de detalles realistas como la mención explícita de la distancia a recorrer, cinco días de buena navegación, el relato todavía conserva espacio para la sensación de aventura. Odiseo presenta en efecto su llegada al país con todos los tonos de estar arribando a un territorio todavía extraño y de hecho decide enviar en misión de reconocimiento a algunos miembros de la tripulación, una circunstancia que conecta claramente el episodio con las primeras tentativas de exploración por el Mediterráneo, a medio camino todavía entre el comercio y la *razzia* y donde el conocimiento preciso de lo que uno podía encontrar constituía un elemento casi imprescindible<sup>39</sup>. La propia mención del país con el nombre del río,

<sup>39</sup> Sobre el valor de la *Odisea* en este sentido, O. Murray, «Omero e l'Etnografia», en *Atti del VII Congresso internazionale di studi sulla Sicilia antica*, Kokalos 34-35, 1988/89, vol. I, pp. 1-13.

«el Egipto de buena corriente» constituye un claro testimonio del desconocimiento virtual que todavía se tiene del país que tiende de manera automática a identificarse con el rasgo geográfico más sobresaliente para quien llegaba hasta sus costas, el gran río que circulaba a través de sus tierras. No faltan por tanto tampoco en este relato los elementos suficientes como para que pudiera haberse desarrollado como un auténtico cuento de viajes.

Otra referencia inevitable de estas primeras navegaciones que fueron trasladadas a los relatos de marineros es la aparición casi permanente de los fenicios, rivales habituales e incluso a veces colaboradores ocasionales en estas primeras expediciones. La conciencia de estas relaciones cambiantes pero por lo general presididas por la rivalidad se ha traducido en una representación poco favorable de estas gentes que aparecen descritas como personajes traicioneros y falaces en todas estas historias de viaje<sup>40</sup>. En el relato fingido de Odiseo son los fenicios precisamente los responsables directos de sus desgracias. Una vez que había conseguido salir bien parado de su aventura en Egipto, tuvo lugar su encuentro con un fenicio, al que califica como un individuo conocedor de mentiras y lleno de avidez, que le condujo con él a Fenicia. Pasado el tiempo lo embarcó en su nave rumbo a Libia, donde pensaba obtener por su venta una considerable ganancia. Sin embargo de nuevo hace su aparición otro de los elementos habituales en esta clase de historias, la tormenta, que curiosamente aquí se convierte en un recurso salvador al liberar a Odiseo de su triste destino. Ésta es además la oportunidad para justificar la soledad del héroe, que de nuevo naufrago solitario acaba en las playas de las tierras de los tesprotos, siendo recibido esta vez por el hijo del monarca en una rememoración del episodio de Nausícaa y los feacios.

El soporte realista de la historia de Odiseo se completa con la mención de su origen cretense emparentándose nada menos que con el ilustre Idomeneo, caudillo del contingente cretense que combatió en Troya con los Aqueos. La mención de la isla como punto de destino o lugar de procedencia fue también otro de los puntos referenciales de estas historias de viaje. Creta, situada se-

---

<sup>40</sup> Sobre los fenicios en Homero cf. M.P. Nilsson, *Homer and Mycenae*, Londres 1933, pp. 130-137. En general, F. Mazza, «L'immagine dei Fenici nel mondo classico», en *I Fenici. Catalogo della mostra nel Palazzo Crassi*, Milán 1988, pp. 548-567.

gún palabras del poeta «en medio del mar», era igualmente el último lugar del territorio griego que era avistado antes de adentrarse en un mar abierto y desconocido. Así lo recalca el mismo Odiseo cuando advierte que tras dejar atrás Creta en la nave que lo transportaba con el traicionero fenicio al que antes hemos aludido, «no se veía tierra alguna sino sólo cielo y mar» (*Od.* XIV 301). La idea griega que hacía de la isla una tierra rica, poblada de gentes bien diversas y poseedora de rancias-tradiciones que la vinculaban con las empresas más gloriosas del pasado heleno tales como la guerra troyana, se pone igualmente de manifiesto en el excursus del mismo Odiseo, esta vez ante Penélope, que todavía no lo ha reconocido bajo su disfraz. La isla debió desempeñar sin duda un papel fundamental en todas estas navegaciones, bien por sí misma y sus gentes o como punto de escala y enlace en las rutas que llevaban hacia el sur del Mediterráneo y en particular hacia Egipto. Era bien conocida pero al tiempo seguía conservando cierto halo de misterio, por su lejanía y las tradiciones legendarias asociadas a su nombre, que la convertía en el escenario adecuado para este tipo de relatos.

Otro de los lugares que aparecen mencionados dentro de este relato, el país de los tesprotos en el Epiro, desempeña también su papel esencial dentro de la historia. Su posición dentro de una geografía ya más real e inmediata sirve para fijar el relato de Odiseo dentro de los límites de la veracidad. Con la mención explícita del rey Fidón, que acogió de forma amistosa al naufrago, Odiseo como narrador trataba de dar seguramente una mayor consistencia a su relato ante Eumeo mediante una referencia cercana que podía resultar fácilmente comprobable, dada la posición de Ítaca. No debemos olvidar por otra parte el papel que estas regiones del Noroeste griego desempeñaron dentro de estas tradiciones marineras a causa de su posición en la ruta hacia el Occidente<sup>41</sup>. La existencia de algunos monarcas hospitalarios en estas costas debía ser bien conocida de los navegantes, y más en el entorno de las islas próximas como Ítaca. Su presencia significaba sin duda un alivio para quienes por lo general debían quizá estar más habituados a encontrar hostilidad o engaño por parte de los pueblos que habitaban estos parajes. No resulta así sorprendente que en un mundo

---

<sup>41</sup> Véase al respecto sobre la importancia de estas regiones, A. Ballabriga, *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, Paris 1986, p. 42 y ss.

de circunstancias tan cambiantes y en el que la frontera entre las actividades comerciales y la piratería fluctuaba de forma continua, se especificase de forma tajante la existencia de reyes o príncipes que mantenían por lo general una conducta más fiable. La actuación de los piadosos feacios en el relato central de Odiseo desempeñaba de este modo una posición ciertamente ejemplar en un mundo donde no solía imperar esta clase de conducta y quizá por ello no debemos extrañarnos de las dificultades que los estudiosos modernos más crédulos siguen teniendo para ubicarlos dentro de una geografía real.

Otro de los relatos de este corte que aparecen en la *Odisea* es el del porquerizo Eumeo cuando cuenta su historia a Odiseo, considerado todavía un forastero, durante su estancia en la majada (*Od.* XV 402-486). De nuevo la narración en primera persona da fe de que nos hallamos ante el esbozo de un relato de estas características. Del mismo modo Eumeo afianza su credibilidad asentando con firmeza su posición en el mundo que le aúpa muy por encima de su actual condición de porquero. Era a fin de cuentas un hijo de reyes que fue raptado de su patria por obra de una esclava fenicia seducida por unos piratas de este mismo origen. No es por tanto la humilde historia de un servidor sino el recuerdo orgulloso de un personaje de alcurnia al que el destino ha maltratado. Los fenicios son aquí de nuevo los causantes directos de la desgracia de Eumeo y nos hallamos por tanto dentro de la misma sintonía que la historia anterior, con esa visión negativa de los rivales concurrentes en estos primeros momentos de exploración por las rutas del Mediterráneo. Sin embargo en el relato de Eumeo se alude también a los piratas de Tafos, que parecen desempeñar también un papel semejante en esta clase de historias. Se trata al parecer de un pueblo histórico que pudiera haber estado ubicado en las regiones del Noroeste griego y por ello su mención, escueta quizá por lo bien conocido de sus andanzas a este respecto, no tenía otra misión que la de reforzar la credibilidad de la historia con un expediente realista al igual que la mención de los tesoros había hecho en el relato precedentemente comentado<sup>42</sup>. Los raptos por obra de piratas y la posterior venta como esclavos en tierras extranjeras como la de la criada de Eumeo, autora de su secuestro, que figura en su relato, debieron constituir sin duda uno

<sup>42</sup> Sobre este pueblo, H.L. Lorimer, *Homer and the Monuments*, Londres 1950, p. 52 y 121. También H. Thomas y F.H. Stubbings, *A Companion to Homer*, Londres 1962, p. 308.

de los elementos constantes que circularon en esta clase de historias de viaje, incorporadas más tarde al bagaje narrativo de este nuevo género. Su eclosión posterior en la novela no fue un fenómeno nuevo y como se ve por el presente ejemplo llevaba tiempo ya latiendo dentro de este complejo temático, aunque durante un cierto tiempo permaneció quizá apartado o marginado en favor de elementos más exóticos y maravillosos.

También el elemento utópico antes comentado aparece de forma clara en el relato de Eumeo en la descripción de su patria, la isla Siria. La abundancia de bienes que mantienen alejada a la odiosa pobreza, la ausencia de enfermedades y la dulce muerte que Apolo y Ártemis provocan en sus habitantes mediante sus suaves dardos, configuran un universo idílico muy parecido al de las utopías helenísticas posteriores, lejos del todo del mundo cotidiano, donde la pobreza, la enfermedad o la muerte acechan a cada paso a los mortales<sup>43</sup>. La búsqueda de esta clase de paraísos, situados normalmente en puntos lejanos e inconcretos de una geografía fantástica con ciertos puntos de referencia más realista (islas allende el océano, zonas septentrionales o meridionales del orbe, la India...), se coloca en este caso en el propio punto de partida de la historia, transformando en una añoranza de lo que se ha perdido y no puede volver a recuperarse lo que es habitualmente objeto perseguido en el futuro o paso efímero en el presente.

Aparte de estos tres esbozos de relatos secundarios existen algunos otros fragmentos de lo que pudiera también haber sido en su momento una historia de esta índole, si bien su intromisión fugaz en el curso de la trama principal del poema ha desfigurado todavía más las líneas esenciales del género. Ese podría bien ser el caso de la historia de Mentos, personaje en que se transfigura la diosa Atenea ante Telémaco al inicio de la obra (*Od.* I 180 y ss.). Su relato en primera persona y la reafirmación de su persona «afirmo con orgullo ser Mentos, hijo de Anquíalo y reino sobre los tafios, amantes del remo», le otorgan en principio todas las ca-

<sup>43</sup> Los intentos de identificación de la isla vienen desde antiguo, cf. A. Heubeck y A. Hoekstra, *A Commentary on Homer's Odyssey*, vol. II, Books IX-XVI, Oxford 1989, p. 257. Todo parecería apuntar según los comentaristas a una ubicación oriental, quizá en la costa de Siria, en torno a la zona en que se situaron los asentamientos micénicos de la boca del río Orontes. Sin embargo, acorde con la geografía fantástica que domina el poema, podría ser simplemente un lugar imaginario más sin correspondencia ninguna con un mapa real. En general sobre la geografía odiseica y el debate abierto sobre su identificación real, Ch. Jacob, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, Paris 1991, pp. 16-30.

racterísticas de un relato de viajes. Sin embargo el soporte realista de la historia se refuerza en este caso mucho más al tratarse a lo que parece de un simple viaje comercial, dado que la expedición de Mentés se dirigía hacia Temesa en busca de bronce, llevando hierro como mercancía de cambio. La propia mención del lugar sin más explicaciones adicionales pudiera ser también una apelación más a la credibilidad, deseable especialmente en este caso si Atenea deseaba que su mensaje fuese atendido por Telémaco<sup>44</sup>. De cualquier forma estas apelaciones realistas, confirmadas aun más si cabe por la relación de hospitalidad que unía a los dos reyes, padres de los dos protagonistas, se han impuesto en este caso concreto a todo intento de fabulación y lo que podría haber sido un relato en el que las circunstancias y peripecias del viaje hubieran tenido una mayor relevancia se ha convertido en un simple expediente para dar continuidad de forma aparente a la trama principal.

Esta serie de esbozos o simples alusiones a lo que podrían haber sido relatos de viaje, a pesar de que no están plenamente desarrollados, sin duda a causa de la presencia imponente del propio relato odiseico central, reflejan de forma clara los diferentes elementos que de forma más o menos regular constituían este género literario. Resultado evidente de la conjunción por un lado del ansia de conocer, en un mundo de horizontes limitados y sumido en la rutina agrícola de los trabajos y los días, y por otro del deseo aventurero de proclamar a los cuatro vientos las hazañas logradas dentro de un campo como el de la navegación que a pesar de su aparente normalidad nunca fue del todo bien asumido por la mente helena<sup>45</sup>, los relatos de viaje reflejan a la perfección el ambiente de aquel entonces en sus actitudes, sensaciones y puntos de referencia. El deseo infinito de aventuras, el sueño de la riqueza fácil, el temor a la inmensidad del mar, el miedo atávico a las bestias que poblaban sus aguas, la expectativa de nuevos horizontes, la angustia de muchos momentos de peligro, la incertidumbre ante nuevas tierras o gentes desconocidas, la obsesión por los piratas que pululaban de forma incesante por aquellos mares y el horror del destino cruel que aguardaba a sus cautivos –la esclavitud–, la

---

<sup>44</sup> Sobre los problemas derivados de su concreta identificación, Heubeck et alii, *A Commentary...*, p. 100.

<sup>45</sup> F. J. Gómez Espelosín, «Viaje por la geografía y por la imaginación», en *Aspectos diácticos de Griego 3*, Zaragoza, ICE, 1993, pp. 111-161, esp. 117 y ss.



conciencia vaga de países como Egipto, Fenicia o Libia, donde se auguraban buenas transacciones y a donde las navegaciones eran cada vez más frecuentes pero aun con todo seguían recubiertos de cierto halo de misterio, la intuición creciente de otras tierras aún más apartadas como los etíopes, que entraban todavía de lleno en el terreno legendario, o la presencia inequívoca de realidades más prosaicas como el tedio infinito de las largas jornadas de navegación, las tareas de abordó, la necesidad imperiosa de disciplina y lealtad entre la tripulación y el genio y astucia de los capitanes, siempre prestos a sacar del atolladero a sus hombres, todos ellos son aspectos que se dejan entrever y adivinar claramente a través de estos relatos. La fantasía y la imaginación fueron más lejos en el caso del relato central que ha dado nombre y fama al poema y marcó como se ha dicho las pautas a seguir, pero aun con todo, todos los demás relatos o esbozos de ellos que encontramos más dispersos a lo largo de la obra no dejan tampoco de ofrecernos, bien sea a menudo encerrados y compendiados en la insinuación de frases mas generales como «pasé muchas desgracias o penalidades» que luego no se desarrollan, el encanto imborrable que tuvieron en su día y siguen en cierto modo todavía teniendo este tipo de historias.

F. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN  
*Universidad de Alcalá de Henares.*